

a fin de que los compulsen, examinen y ponderen los estudiosos y eruditos a quienes parece principalmente dirigido.

RAÚL SILVA CASTRO

<https://doi.org/10.29393/At418-138JMTM10138>

*La juventud de un mundo en crisis*, de ARTURO PIGA. Editorial Universitaria, 1966.

Pocos temas de mayor actualidad y trascendencia que el desempeño de la juventud en nuestros días, que por sus caracteres externos produce no poca alarma. Las nuevas generaciones siempre han tenido actitudes de sana rebeldía para con las mayores, pero en el último tiempo sus actuaciones sociales han adoptado cursos tan perniciosos, que el fenómeno experimenta un cambio notorio: no es el mismo panorama el de hoy que el de ayer; existen otros factores en juego, modificatorios de su actividad en términos tales que abren un interrogante desalentador.

El catedrático y escritor Arturo Piga ofrece su libro *La juventud de un mundo en crisis*, pues, en momentos muy oportunos; es de sobra conocida su experiencia docente de varios lustros, durante los cuales ha enseñado temas afines a los abordados en su meritoria y caudalosa obra. El señor Piga es voz autorizada, habiéndose preocupado más de señalar problemas que de buscarles solución, lo que impide conocer la magnitud de su criterio práctico, que de correr a parejas con el de exposición y análisis teóricos, sería digno del mayor encomio.

Hacíamos referencia a ciertos factores de inequívoco influjo en la formación del carácter de la juventud, que el profesor Piga examina en el capítulo primero de su obra, denominándolos instrumentos técnico-culturales.

Primeramente subraya el hecho que la juventud está abocada a un clima sofocante y aniquilador. Dos guerras mundiales, la última epilogada por la bomba de Hiroshima, antecedieron a un enfrentamiento tanto bélico como ideológico de dos doctrinas que combaten por el predominio mundial. Fuerza adoptar un criterio definitorio y la juventud, a menudo sin contar con el respaldo de la meditación y el estudio, se ha visto lanzada a un mundo enardecido por estridentes slogans, negadores de la espiritualidad y la cultura. Un gran sector abraza el ideario democrático, más que nada por estar incorporado a un medio que lo adopta en alguna de sus varias formas y matices, antes que por una elección concienzuda y responsable. Acotemos que la postura democrática está siendo corroída, con frecuencia, por el espíritu totalitario de grupos que sintiéndose dueños del poder, no trepidan en abolir derechos constitucionales, perseguir las expresiones libres de los discrepantes y declarar obsoleto todo un estado de cosas, propiciando sus sustitución radical y violenta.

Si en el mundo marxista la juventud ha de aceptar la iniquidad que significa carecer de un atributo insustituible de la persona humana, cual es la libertad, en el mundo democrático, cabe observar que la misma libertad está desapareciendo o haciéndose ilusoria. Hay que recordar *Nueva visita al mundo feliz*, de Aldous Huxley.

¿Cómo, entonces, no se ha de observar un descontento agresivo, una violencia que no reconce límites, una indiferencia abismante por las actividades superiores del espíritu, si ya la educación en sus distintos grados destruye la individualidad y hace tributario al individuo de un "comunitarismo" equívoco y aplanador?

Vemos, en consecuencia, que la juventud presencia un espectáculo y se ve obligada a participar en él, donde la idea revolucionaria se va abriendo camino, aun en lugares y con un ritmo insospechado, con las graves consecuencias que son del caso imaginar. El mundo está convulsionado, entre otras razones, porque el igualitarismo avasalla y tras él otros males de tan siniestro contenido. ¿Qué curso dignificante puede imprimir la juventud a su vida, si aquellos que anhelan legítimamente sustraerse a tal realidad se ven en la imposibilidad material de hacerlo? Y aquí se da algo paradójico: en la minoría que ve aventada sus aspiraciones se produce una natural frustración; y la mayoría que permanece impávida y no se inmuta, aceptando tácitamente ese estado de cosas, llega al mismo resultado, al advertir la mediocridad agobiante del mundo en que viven.

A esa vaciedad patética se agrega el impacto demoledor, que Arturo Piga subraya con énfasis, de cierta literatura, periodismo, cine, televisión y hasta deporte.

Sabemos que la literatura contemporánea tiene un sello marcado de frío pesimismo, acaso como fiel retrato de una sociedad que en todos sus niveles evidencia un desgarramiento interior, que lógicamente influye en su comportamiento externo. La intención, el "mensaje" tiene, entonces, que ser depresivo.

Pero más perjudicial resultan el cine y la televisión, causas de embrutecimiento masivo, que naturalmente no se empeñan en hacer resaltar los valores morales y edificantes. Todo lo contrario. Se trata, cual diabólica y perversa consigna, de hacer hincapié en lo repulsivo, chocante y pornográfico, con lo que se colabora al desmoronamiento de la dignidad, la cultura y las convicciones sólidas que forman espiritualmente a un ser, todo lo cual es ridiculizado y escarnecido.

Ese envenenamiento sistemático ha concluido por dar frutos y así la conducta delictiva, como señala el autor, ha alcanzado niveles inquietantes, a lo que nuestro medio no ha quedado inmune debido a la asimilación, consciente o no, de materiales tan nocivos para los jóvenes.

El profesor Piga agrega el desenfreno deportivo como factor obnubilante de la personalidad juvenil, escribiendo páginas brillantes, originales como observación, sobre todo cuando destaca el hecho que las autoridades

aprovechan el fanatismo de las multitudes, estimulando esa mentalidad a sabiendas, pues al ser primordial hace olvidar graves problemas socio-económicos, satisfechas de tener al menos circo si carecen de pan.

Acto seguido, el autor se refiere a la relación existente entre el humanismo y la revolución industrial. Algunas ideas suyas las habíamos visto desarrolladas en su libro *Nuevo humanismo y tecnocracia* (Madrid, 1963). Resulta evidente que las transformaciones tecnocráticas han hecho variar de modo significativo las raíces mismas de la actuación del hombre en sociedad; a través de los siglos se han ido verificando cambios y reformas tales, con violencia o sin ella, para beneficio o perjuicio suyo, que el individuo ha abandonado núcleos de formación humanística. Dice con razón el profesor Arturo Piga que se vislumbra "el resentimiento cada vez más agudo que provoca en el alma del operario, la degradante minusvalía a que lo condena la máquina en ausencia de más elevados incentivos".

Luego, al abordar la emancipación de la mujer, el autor cala un problema visible en la sociedad contemporánea: la corriente agresiva que no contenta con impulsar a la mujer al mismo plano que el hombre, aspira aún a hacerla predominar sobre él, inaugurando el matriarcado, tan aplastante en los Estados Unidos. ¿Qué sucede a estas alturas? Algo tan delicado como el abandono o descuido del hogar con el consiguiente vacío o desorientación en la formación de los hijos, lo cual se pone dramáticamente de relieve más tarde cuando su conducta sea indigna o delictiva.

Habrá de pagarse caro, pues, el precio de tal emancipación.

Páginas polémicas suscribe Arturo Piga al criticar esas funestas farsas docentes que se engloban pomposamente con el título de educación experimental selectiva, que fuera de distorsionar el espíritu educativo sano, son orígenes de despilfarros de elementos humanos y recursos económicos.

Dicho tópico está relacionado con el espíritu delictivo de la juventud. ¿Qué induce a los jóvenes de hoy a adoptar actitudes ya no de rebeldía sino que transgresoras de la ley? Importa considerar que los delincuentes infanto-juveniles pertenecen en una alta proporción a estratos sociales pudientes, de suerte que habría que descartar de plano los posibles móviles de satisfacción económica.

Es algo más profundo: se trata de seres, como muy bien dice el maestro Piga, "que a menudo lo tienen todo y realmente no saben cómo llenar sus vidas de todo contenido enaltecedor". He ahí la clave del asunto. En esas circunstancias, agrega con lucidez plena, "se sienten mordidos por una cínica insensibilidad, mientras exhiben un narcisismo exagerado y un estado de euforia violenta que se exterioriza en la velocidad fragorosa de una motoneta, en el empleo de armas automáticas y el desconcertante deseo de paladear el delito, como si se tratara de una droga estimulante e indispensable".

Todo coadyuva a alentar el comportamiento social reprochable de una porción de la juventud de hoy: la ausencia de ejemplos edificantes, los medios técnico-culturales, perniciosos en sus nueve décimas partes, sobre todo para gente menuda; el ambiente general envilecido por un sórdido materialismo... Esto pesa de modo incontrarrestable. Sobre el particular Arturo Piga da a conocer observaciones del más alto valor pedagógico.

El capítulo siguiente versa sobre la educación a todo nivel. Nuevamente el bisturí del autor es aguzado para denunciar los vicios, las orientaciones perniciosas y los peligros de la educación politizada que tan calamitosos estragos han producido en la juventud.

En las aulas secundarias existe un factor desquiciador y es la práctica de los gobiernos estudiantiles, fomento de la anarquía, los divisionismos y aún la demagogia. Si a ello se agrega el rumbo ideológico, unas veces encubierto, otras no, de la docencia, fuera de la configuración anacrónica de los programas, la ausencia de criterios formativos en rigor y la carencia de verdaderos maestros —palabra que, entre nosotros, ha escrito Benjamín Subercaseaux, se halla cubierta por la irrisión y el desprestigio—, se tendrá un cuadro por demás sombrío que nada hace pensar se esclarezca en el futuro.

Algunas sensatas ideas sobre la hipertrofia profesional vierte el profesor Piga al clausurar esta parte de su obra, subrayando que es producto de una sociedad donde la técnica prevalece sobre la cultura. El auténtico humanismo está relegado, por tanto, a un lugar secundario, desplazado por la tendencia economicista y pragmática.

El último capítulo versa sobre "La juventud y el destino humano-cultural de América". El autor advierte que es menester diferenciar entre el mundo hispano y el sajón, ya que entre ambos existe un abismo. La problemática juvenil muestra, eso sí, algunos puntos de contacto. En los Estados Unidos se muestra tan beligerante e insatisfecha interiormente como en las naciones del continente americano. Esa actitud no responde a estímulos económicos directos, pues el desarrollo ha sido ampliamente superado en el país del Norte; no así los peligros del mundo tecnocrático, al que se ha llegado, precisamente, superando etapas en lo que a progreso industrial se refiere.

Existen asimismo serias controversias raciales que producen un influjo formidable entre los jóvenes; agréguese a ello la influencia de los medios pseudoculturales a escala considerable. Todo esto deriva a un clima de agresividad delictiva de la juventud norteamericana.

En cambio, en los países hispánicos otras son las realidades. Nos habría satisfecho que el autor distinguiera terminantemente entre las naciones tropicales y Chile; no es posible englobarlas en forma indiscriminada, no obstante la común raíz de los problemas que las afectan.

El subdesarrollo es el término indicado, que algunos eufemistas sustituyen por "en vías de desarrollo"; una juventud que vive en un ambiente de

esa índole, con precariedad económica, ausente toda nota cultural, sopor-tando presiones político-culturales vehementes, ciertamente se descontrola.

La prédica incansable del marxismo y del comunitarismo concluye por excitar los espíritus, lanzándolos a la lucha y a la agitación. Así existe una juventud deprimida por carecer de horizontes estimulantes, derrotada antes de la batalla, con una mentalidad deformada por los slogans demagógicos. También existe la minoría universitaria, que debería tomar en serio y responder a las grandes responsabilidades de que es depositaria, lo que no sucede. Los claustros son a menudo hervideros de la política, donde se fomenta la odiosidad y predomina la consigna sobre la reflexión serena y detenida. Malográndose esta expectativa, ¿cuál sería la juventud a que estaría reservado el futuro?

Hay que responder con franqueza: por el momento no aparece en escena.

Tal cosa hay que relacionarla con el título de la obra de Arturo Piga: *La juventud de un mundo en crisis*. Si está incorporada, por lo tanto, a un mundo dramáticamente conflictual, agobiado por el materialismo, que desprecia el humanismo, ¿cómo no detentar el mismo sello, las mismas penosas características? Ahí está el punto medular, sustantivo: la capacidad de rectificación está en potencia, latente, lista para despegar, pero las circunstancias no son al parecer propicias, con el agravante que cada día la situación va empeorando de modo agudo.

La descristianización reinante, alentada desde fuera y aún por dentro —en un intento de poner a tono las verdades con el criterio de la mayoría—, impide encontrar el eficaz instrumento de auxilio espiritual para emprender la gran tarea. Existe, por ende, un compás de espera angustioso. A pesar de esa dilatación, en los fundamentos de esa doctrina —sólidos, rectos, permanentes—, se encuentra el punto de apoyo de esta verdadera cruzada. Mientras la juventud no lo comprenda, todo será efímero e inútil.

Esto el profesor Arturo Piga no lo dice, puesto que, deplorable resulta anotar, las soluciones, las perspectivas, incluso sus propias experiencias docentes, están ausentes de su obra. El diagnóstico es valioso, pero le falta su complemento indispensable, toda vez que para maestros de dilatada labor, resulta imperioso e insustituible aportar sus personales puntos de vista, ya no de examen y crítica, sino que de orientación cabal.

Acaso Arturo Piga lo hará en un próximo libro. Lo esperamos, pues de lo contrario defraudaría a muchos. Y entre ellos al suscrito, que ha visto en su obra penetrante lucidez para enfocar problemas graves, actuales y de envergadura. Si esa singular condición la aplicara ahora a lo positivo, el reconocimiento y la gratitud de sus compatriotas —también de la juventud— sería mayor. Este libro es, en consecuencia, una promesa y a la vez una esperanza. Entonces, adelante.